



Revista Enfoques: Ciencia Política y
Administración Pública

ISSN: 0718-0241

enfoques@uccentral.cl

Universidad Central de Chile
Chile

Ramírez Valenzuela, Marcelo Javier

DE LA REVOLUCIÓN DEL JAZMÍN AL MOVIMIENTO POR LA EDUCACIÓN EN CHILE: LAS
CONSTANTES DEL CAMBIO PERMANENTE

Revista Enfoques: Ciencia Política y Administración Pública, vol. X, núm. 17, diciembre, 2012, pp.
105-121

Universidad Central de Chile
Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=96024879006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

DE LA REVOLUCIÓN DEL JAZMÍN AL MOVIMIENTO POR LA EDUCACIÓN EN CHILE: LAS CONSTANTES DEL CAMBIO PERMANENTE

*From Jasmine Revolution to the movement for education in
Chile: the constants of a permanent change*

Marcelo Javier Ramírez Valenzuela¹

Universidad Central de Chile

Santiago, Chile

✉ mjramirezv@gmail.com

Vol. X, n° 17, 2012, 105-121

Fecha de recepción: 28 de marzo de 2012

Fecha de aceptación: 30 de octubre de 2012

Versión final: 10 de diciembre de 2012

RESUMEN: Hace ya más de un año se inicia en el mundo árabe un movimiento político y social que lejos de limitarse geográficamente al norte de África y el Oriente Próximo, se ha expandido por Occidente. Desde una perspectiva histórica se trata de un movimiento atípico, puesto que se caracteriza por tener múltiples protagonistas, objetivos diversos, ausencia de liderazgos claramente perceptibles a través de los medios de comunicación, carencia de propuestas globales y por el uso de las emergentes redes sociales en internet.

¹ Doctor en ciencias políticas por la Universidad Complutense de Madrid, profesor asociado de la Universidad Central de Chile, desarrolla desde 2008 sus actividades académicas en las escuelas de Ciencia Política, Administración Pública y Sociología de esta institución.

En esta perspectiva, el objetivo del presente artículo es avanzar en el análisis de este movimiento, evaluando la naturaleza de sus motivaciones e intentando identificar los factores que caracterizan, diferencian y en parte explican la persistente movilización social.

Palabras clave: Primavera Árabe, Indignados, movimientos sociales, jóvenes, estudiantes

ABSTRACT: More than one year ago in the Arab world started a political and social movement that rapidly expanded its influence from the North Africa and Middle East to the Occidental world. Since an historical perspective this is an atypical movement characterized by the presence of multiple actors and objectives, the lack of a clearly and visible leadership, a shortage of comprehensive proposals and the use of social networks.

In this perspective the aim of this paper is advance in the analysis of this movement, assessing the nature of their motivations and identifying the factors that characterize, differentiate and explain the persistent social mobilization.

Keywords: Arab world, social movements, outraged, young, students

Transcurrido más de un año desde el inicio de la Revolución del Jazmín en Túnez (que abre un ciclo al igual como lo hizo otra revolución de nombre florido, la de los Claveles en Portugal, en 1974), lejos de producirse una contracción del movimiento global que se desencadena, lo que se observa, por el contrario, es su proyección hacia distintas latitudes, en variados formatos y con motivaciones igual de disímiles. Se trata por lo tanto de un movimiento que no se extingue y que sigue acaparando la atención política mundial y de los investigadores que, desde la perspectiva de las ciencias sociales, intentan caracterizar el fenómeno, descifrar sus causas, identificar tendencias y sugerir cursos de acción.

En el caso de este proceso, la interpretación ha sido más dificultosa: no se trata “solo” de una oleada democratizadora, ni de un movimiento anticíclico autoritario, ni de una lucha abierta contra un tipo de organización o modelo económico. El estallido se ha producido en regímenes políticos tradicionales, como ha ocurrido en la mayoría de los países árabes, en países con gobiernos que alguna vez dijeron tener inspiración socialista, como en Libia y Siria; en países modernos y con democracias consolidadas, como ha ocurrido en España, en países de desarrollo medio y con altos niveles de desarrollo democrático, como es el caso de Chile. Es más, los manifestantes han llegado a las puertas de Wall Street y se han paseado por cientos de ciudades de todo el planeta.

Moisés Naím advertía en noviembre de 2011:

hay 2 mil 600 ciudades en las cuales si ustedes van, encontrarán una escena urbana muy parecida: son unas tiendas de campaña con gente protestando contra el gobierno, contra el sistema, contra la realidad, pidiendo cambios. Es muy tentador decir que todo es lo mismo, porque parece lo mismo, por la imagen que nos dan, por las cosas que dicen, porque son muy parecidos, de Grecia a Hamburgo, de Grecia a Tel-Aviv y de Tel-Aviv a otras partes. Pero hasta allí llegan las similitudes (Naím, 2011).

En cuanto a los resultados de este movimiento la realidad también es extremadamente diversa e incierta: en Egipto hace más de un año que cayó Hosni Mubarak, después de permanecer por más de 33 años en el poder, y los grupos que han consolidado mejor sus posiciones son los islamistas moderados y radicales, representados por los Hermanos Musulmanes, que obtuvieron 47% de los escaños en las elecciones parlamentarias de noviembre de 2011, y por los salafistas, que obtuvieron 29%.

En Libia, el asesinato de Gaddafi más que significar el final del sanguinario conflicto, que le costó a ese país entre 10.000 y 30.000 muertes, abrió una transición sin rumbo claro, que incluso amenaza con la división territorial del país, a partir de las declaraciones de autonomía que hicieron líderes tribales de la región de Cirenaica a principios de marzo de 2012.

En Siria, Bashar El Asad ha resistido el embate de sus opositores y aún no es evidente que su destino sea el mismo que el del excéntrico líder libio.²

Los “Indignados” españoles al parecer han tenido un escaso impacto en la política local (o no votaron en las últimas elecciones o, paradójicamente, votaron por los conservadores del Partido Popular).

En Wall Street, los resultados del movimiento Occupy, que protesta contra el sistema económico, han sido más simbólicos que prácticos.

En Chile, el movimiento no es solo estudiantil, sino que inicialmente tiene un corte medioambientalista y regionalista, y, de manera incremental, está obteniendo más logros que los que se constatan en España, Grecia, Israel o Estados Unidos; no obstante, su destino como movimiento tiene altas dosis de incertidumbre.

En este marco, asumiendo que estamos en presencia de un movimiento con muchas aristas, pero con algunos rasgos que le dan cierta unidad, y sin pretender en ningún caso agotar la reflexión, se hace necesario intentar responder algunas preguntas claves que pueden permitir comprender la naturaleza de este movimiento global: ¿por qué el movimiento comienza en el mundo árabe?, ¿cuáles son sus principales características?, ¿cómo y por qué se contagia tan rápido?, ¿qué es lo que ha cambiado?, ¿quiénes ganan? y ¿quiénes pierden?

² Sobre la base de un análisis teórico era previsible la evolución que ha tenido el conflicto en Siria, tal como lo sostuvimos hace un año en el artículo “Crisis en el mundo árabe: análisis desde el paradigma de la transición”, p. 101.

¿Por qué el movimiento comienza en el mundo árabe?

Hasta antes de la ocurrencia de la llamada Primavera Árabe, los países de esta región representaban la imagen de países anquilosados política y socialmente, con regímenes políticos de corte autoritario y personalista, es decir, todo lo contrario a sociedades modernas, abiertas a los cambios. En esta línea, Francis Fukuyama, en 2006, en el prefacio a una nueva edición de la obra de Samuel Huntington *El orden político en las sociedades en cambio*, publicada originalmente en 1968, planteaba respecto a la región lo siguiente:

Los países árabes de Oriente Próximo... han sufrido relativamente poca violencia política desde el final de la guerra civil libanesa, a excepción de Irak y el conflicto palestino-israelí. En el período posterior a 1968, los sempiternos líderes de Marruecos, Libia, Jordania, Siria y Egipto se preparan para ceder el mando a sus hijos, si no lo han hecho todavía. En efecto, muchos observadores sostienen que la región es demasiado estable; el estancamiento político que prevalece en casi todos los regímenes de la zona impide la participación política y suscita gran resentimiento (Huntington, 2006: xix).

El mismo autor en un artículo más reciente, *ex post* al estallido de las revueltas árabes, busca explicaciones a este proceso correlacionando los hechos precisamente con las tesis planteadas por Huntington en la obra ya citada, que se sustentaban en la idea de la crisis de expectativas de sociedades que, habiendo alcanzado ciertos niveles de bienestar, no tenían un correlato institucional para canalizar sus inquietudes y dar cabida a una mayor participación política. La disconformidad se radicaba fundamentalmente en sectores medios, de donde han emergido los principales protagonistas. Fukuyama sostiene:

Pocas veces los pobres dirigen ataques contra el orden político existente, apuntaba Huntington; tienden a dirigirlos las clases medias ascendentes, que se sienten frustradas por la falta de oportunidades políticas y económicas: un fenómeno que ya señaló Alexis de Tocqueville en su magistral análisis de la Revolución francesa (Fukuyama, 2011).

Respecto al caso de los cambios ocurridos en Túnez y Egipto el mismo autor plantea, consecuentemente:

Las protestas contra el gobierno no estuvieron dirigidas por los pobres de las ciudades o por las redes de islamistas clandestinas, sino por jóvenes de clase media relativamente bien educados y acostumbrados a comunicarse a través de Facebook y Twitter” (Fukuyama, 2011).

La disconformidad de las clases medias, en particular de los jóvenes pertenecientes a este segmento de la sociedad, es entonces una primera fuerza motriz que

impulsa los movimientos ciudadanos en el mundo árabe, pero que también tendrá un carácter decisivo en los movimientos sociales occidentales.

El problema interpretativo surge porque esa condición debe haber estado latente en la región desde hace mucho tiempo, por lo que cabe entonces preguntarse asimismo sobre cuál será el detonante que hace estallar prácticamente de forma simultánea las revueltas ciudadanas. La explicación más factible se relaciona con dos factores de distinta naturaleza: una de carácter estructural y la otra de carácter simbólico.

La de carácter estructural está vinculada a un problema global que impacta en la economía regional: alza de precios en los alimentos, sumada al alto desempleo entre los jóvenes (Ramírez, 2011: 104). Respecto a la relevancia de este factor en Túnez, país que resultó clave para la propagación de las revueltas al demostrar que sí era posible lograr cambios, otro autor señala consistentemente que “su etiología —en el diminuto país magrebí (163 mil 610 kilómetros cuadrados y 10,5 millones de habitantes) relativamente próspero— fue el alza de los alimentos y la gasolina en medio del desempleo masivo que flagela a sus universitarios y a su clase media, una de las mejor educadas del mundo árabe (con libaneses y palestinos)” (Jalife-Rahme, 2011).

El segundo factor detonante, el de carácter simbólico, es evidentemente la inmolación del joven desempleado tunecino Mohamed Bouazizi.

A la anterior fuerza motriz se suma el agotamiento de los regímenes políticos autoritarios, en la mayoría de los casos personalistas y corruptos, que se instalan en países que han tenido una evolución política institucional relativamente breve, luego del proceso de descolonización. Esta es por así decirlo la constante principal en los casos de los países donde ya se han producido cambios sustantivos como Túnez, Egipto, Libia y en parte en Yemen, y es igualmente el caso de los países en los que el conflicto está desatado, como ocurre con Siria, y de los países en los que el descontento social está larvado, situación que puede observarse prácticamente en el resto de los países del mundo árabe e incluso en Irán.

Tan relevante como lo anterior es el alto interés de la comunidad internacional en esta región, fundamentalmente debido a su ubicación estratégica, a sus reservas de petróleo, a la siempre candente situación derivada de la problemática israelí-palestina y al fenómeno del islamismo. Esta región “detenta las mayores reservas de hidrocarburos del planeta que siguen siendo primordiales joyas estratégicas y ostenta tres fundamentales ‘puntos de estrangulamiento’ geopolítico (*choking points*); el Canal de Suez, el estrecho de Bab al-Mandab (Golfo de Adén) y el superestratégico estrecho de Ormuz (Golfo Pérsico)” (Jalife-Rahme, 2011: 11). Este interés geopolítico y económico, en particular de las potencias europeas y de Estados Unidos, ha significado un intento casi desesperado de promover la instalación de regímenes democráticos en la región, casi como única fórmula para acercar al mundo árabe a Occidente, resguardar sus intereses económicos y de paso detener a los movimientos islamistas radicales. Todos estos objetivos, viendo lo ocurrido en la región hasta la fecha, están cada vez más lejos de alcanzarse.

No obstante lo anterior, hay que tener precaución en caer en la interpretación que atribuye un rol preponderante a los intereses económicos de las potencias occidentales en la crisis del mundo árabe. Al respecto un destacado filósofo francés nos advertía ya en la década de los 60 del siglo pasado:

Ha sido en nuestra época cuando la llamada interpretación económica ha pretendido ser original. Como nuestra civilización concede la primacía al trabajo, sabios e ideólogos se imaginan fácilmente que descubren fuerzas profundas y misteriosas cuando explican el curso de la historia diplomática por medio de causas económicas (Aron, 1985: 301).

Intentando de hecho explicar las motivaciones del colonialismo occidental del siglo XX en África, el mismo autor pone también la atención en razones mucho más subjetivas, señalando:

Lo que hace al imperialismo europeo en África falsamente misterioso, a los ojos de ciertos historiadores, es que no ha sido moderno, si es que sólo son modernos los fenómenos determinados por la economía... La conquista imperial continuaba siendo en el espíritu de los hombres de Estado, el signo de la grandeza... Nos apoderábamos, pues, de lo que quedaba por tomar y la ley escrita de las compensaciones, a la que obedecía la diplomacia de los gabinetes, obligaba a los Estados a reivindicar a su vez una parte de un continente de la que todos podrían haberse pasado sin inconveniente (Aron, 1985: 328).

Es decir, en la perspectiva de las potencias occidentales sobre el mundo árabe no es solo relevante el interés económico, sino asimismo esta zona es un terreno en el que se desarrolla un juego geopolítico de alto nivel, en el que se debate el liderazgo mundial, razón que explica el posicionamiento que han mantenido, en particular respecto a la crisis Libia y Siria, que se define constitucionalmente como una República Democrática, Popular y Socialista, otras potencias mundiales como son Rusia y China.

En definitiva, por unas u otras razones, lo cierto es que la injerencia europea y estadounidense se mantiene absolutamente vigente y ha tenido un impacto perverso para el desarrollo de las instituciones políticas del mundo árabe.³ Por ejemplo, en relación al caso de Egipto, el interés explícito de Estados Unidos en la era de Mubarak estaba puesto primero en la estabilidad (de un régimen autocrático) más que en el desarrollo de sus instituciones democráticas. Es lo que precisamente ha sostenido Francis Fukuyama cuando afirma que “pese a los valientes discursos

³ Morales Lezcano (2011) advierte, citando a su vez a Lewis, que las intervenciones y herencias del exterior que han lastrado al Oriente musulmán se remontan incluso al siglo XV, siendo consecuencia entonces del Imperio turco-otomano, y luego, a partir de mediados del siglo XIX, de las potencias europeo centro-occidentales. No obstante, habría también causas internas del estancamiento en esta región, que no vamos a mencionar en este artículo, puesto que requerirían un análisis más extenso.

que dieron Condoleezza Rice y Barack Obama en El Cairo, Estados Unidos se mordía la lengua a la hora de impulsar una reforma seria en Egipto, especialmente tras la victoria de Hamás en Gaza en 2006” (Fukuyama, 2011).

¿Cuáles son sus principales características?

Ya está dicho que este movimiento no sigue los parámetros de otros procesos históricos, como lo fueron por ejemplo, en los términos de Huntington,⁴ las oleadas democratizadoras de los siglos XIX y XX, o las contra-oleadas autoritarias que permitieron la instalación de gobiernos dictatoriales en Europa del Sur o en Latinoamérica. Sin duda, en lo que se ha denominado como la Primavera Árabe hay elementos interpretativos que aporta el “paradigma de la transición” que permiten hacer una interesante lectura del proceso,⁵ pero hay una serie de otras características emergentes presentes en los movimientos sociales anexos que han hecho más complejo el análisis.

Estos aspectos emergentes se relacionan con la existencia de motivaciones diferenciadas, la presencia de las redes sociales, la ausencia de proyectos y liderazgos, el carácter generacional y la importante carga de incertidumbre que exhiben. A continuación se hará referencia a cada uno de estos aspectos:

- a. *Motivaciones diferenciadas.* Lo que sí está más o menos claro sobre este movimiento global es que las motivaciones, en cada país o región del planeta, son diferenciadas. Moisés Naím ha señalado recientemente que las motivaciones de las revueltas en el mundo y de los movimientos de Indignados se pueden al menos agrupar en tres grandes grupos:

el primero de ellos correspondería a “los que se están tomando las calles en los países ricos, que son las clases medias que salen a las calles a defender lo que son sus condiciones y sus estándares de vida históricos”;

el segundo grupo es el de los “pobres que acaban de ingresar a la clase media y que no quieren más pero sí mejor”; y

el tercer grupo sería el de “los luchadores por la libertad, son los que en Siria salen todos los días, en Yemen salen todos los días, a ser ametrallados, a ser hostigados por el gobierno, y lo que ellos quieren es cambiar el régimen” (Naím, 2011). Respecto a las motivaciones de los dos primeros grupos planteados por Naím hay relativo consenso, puesto que en todas partes los protagonistas han sido contingentes mesocráticos, no así en relación con el tercero: quienes hasta ahora han salido a la calle en el mundo árabe no son solo “luchadores por la libertad”, sino que en general se trata de diversos grupos con intereses múltiples, que van desde los que efectivamente luchan por la libertad y por la democracia, a quienes se enfrentan por razones religiosas, sectarias, tribales,

⁴ En su libro *La tercera ola* (1991).

⁵ Ese fue uno de los objetivos del artículo publicado por este autor en 2011 (“Crisis en el mundo árabe. Análisis desde el paradigma de la transición”).

económicas o de supervivencia (como Bouazizi en Túnez). En esta línea y específicamente sobre la realidad del Magreb se ha señalado que:

La práctica política no ofrece evidencias claras ni de que el liderazgo de los gobiernos de la región figure como principal promotor de la democracia, ni de que la sociedad civil esté especialmente predispuesta a asimilar la implantación de principios de gobernanza democrática en la región (Martínez, 2011: 36).

Es decir, no se trata solo de diferencias en los factores que están en la base de los movimientos en cada país o región del planeta, sino que además dentro de cada país no hay una convergencia clara de motivaciones entre los actores que protagonizan la disconformidad. Esto se ha hecho evidente en el mundo árabe con los resultados de las elecciones en Túnez y en Egipto, y con los sucesos ocurridos en Libia luego del término del régimen de Gaddafi. En estos casos no son precisamente los promotores de la democracia quienes han alcanzado posiciones de poder.

En el caso de Chile, los factores que impulsan a los manifestantes también son diversos.

En términos cronológicos, comienzan siendo las reivindicaciones regionalistas en Magallanes (aunque se trata de un regionalismo reduccionista, puesto que sus protagonistas, salvo tangencialmente, no salieron a la calle a pedir más autonomía política, sino que mejoras económicas y una mayor discriminación positiva del Estado respecto a este territorio).

Le siguen las manifestaciones ciudadanas medioambientalistas en contra del proyecto HidroAysén; durante todo el segundo semestre del 2011 será la demanda contra el lucro en la educación la que generará una consistente y transversal convocatoria, aunque estará protagonizada principalmente por jóvenes estudiantes secundarios y universitarios.

Y, de nuevo en el verano de 2012 estalla en Aysén un movimiento de similares características que el de Magallanes.

Todo esto en el marco de otros movimientos de corte medioambiental y regionalista como han sido los movimientos en contra de la construcción de una central termoeléctrica en Punta de Choros, de otra central del mismo tipo, la Central Castilla, en la Región de Antofagasta, y, en esta misma región, del movimiento en la comuna de Calama, que reivindica un mayor aporte de la gran minería del cobre al desarrollo comunal.

Habiendo sido el movimiento en el ámbito de la educación el de mayores dimensiones y persistencia, ni siquiera en esta comunidad de intereses por los cambios en el sistema educacional chileno, que llegó a concitar un enorme respaldo ciudadano, puede distinguirse un consenso generalizado en las motivaciones de sus protagonistas, ya que junto con quienes reivindican un mejoramiento en el acceso y en la calidad de la educación, se han consolidado grupos antisistémicos, cuyo leitmotiv maximalista tiene más que ver con una crítica

global al modelo económico, como la de los Indignados españoles o franceses, a la que suman una crítica radical a la democracia.

En todo caso, estos grupos están también hermanados con los movimientos de Indignados en términos de que tampoco tienen propuesta respecto al modelo económico y político alternativo, tal como lo ha sostenido el propio Edgard Morin (2012).

- b. *Redes sociales.* La irrupción de las redes sociales como medio de comunicación es una de las características del movimiento, en particular en el segmento de jóvenes con acceso a internet, que en el caso del Medio Oriente corresponden a una elite minoritaria, en países que exhiben una débil penetración tecnológica, pero que ha demostrado un alto nivel de influencia y poder de convocatoria, enlazando para estos efectos con otros medios de comunicación más masivos, en particular con la televisión. Este medio ha sido clave en la convocatoria y organización de los movimientos que han tenido lugar en el mundo, en particular en países desarrollados y de desarrollo medio. Sin embargo, su alcance es limitado y no ha resuelto ni resolverá las tareas del día después de la convocatoria, es decir, las tareas relacionadas con la construcción de un proyecto de desarrollo consensuado. Esto es lo que sostiene Alaoui en el *Journal of Democracy*:

Mientras que Internet puede contribuir al crecimiento y la eficacia táctica de un movimiento político de protesta con una fuerte base de apoyo, no puede crear uno. Como hemos visto en Egipto e Irán, puede ser una herramienta eficaz para movilizar a la gente, pero no puede sustituir a la organización de base en las comunidades locales, necesarias para sostener un persistente movimiento que puede representar un desafío político serio”(Alaoui, 2011). (Trad. del autor).

- c. *Ausencia de proyecto y de liderazgos.* Directamente relacionado con lo anterior, el factor redes sociales, está la característica de que en general los movimientos políticos y sociales que se inician a fines del 2010 han contado con liderazgos difusos y con escasa intermediación de organizaciones políticas o sociales. Es decir, la interpelación es casi directa, frente a hechos cargados de simbolismo, tales como la inmolación de Bouazizi en Túnez, la muerte de Khaled Saeed en Egipto o el proyecto de construcción de una megacentral hidroeléctrica en la Patagonia chilena, los ciudadanos (principalmente jóvenes) han reaccionado positivamente a la convocatoria virtual, sin importar mucho quién es el que la hace, sino más bien cuál es el fin que se persigue.

Y frente a la convocatoria ha ocurrido algo que puede resumirse bien en lo señalado por un destacado analista francés: “Movilizarse sin líder y sin programa, sino para buscar una alternativa a la democracia y al capitalismo, puede ser el objetivo del populismo contemporáneo. No sabemos dónde vamos pero vamos todos juntos” (Sorman, 2011). Algo similar ha sostenido el filósofo francés Edgar Morin, quien junto a Stéphane Hessel (autor de *Indignez-vous!*), ha sido un referente para los movimientos de Indignados en todo el mundo. Este autor ha señalado:

El sentimiento de indignación entre los jóvenes está en su primera etapa. En algunos países árabes han abatido el principal obstáculo, que eran los tiranos. El problema es que carecen de un pensamiento, de una vía para el momento inmediatamente posterior. Es lo mismo que ha sucedido en España y otros lugares. Los indignados hacen críticas justas, denuncian pero no pueden enunciar (Morin, 2012).

- d. *Movimiento generacional.* La explosión social parte, como es por lo demás lo habitual, con un componente generacional evidente. Son los jóvenes los que se manifiestan, en el mundo árabe y en el resto de los países que se han sumado al movimiento. Sorman ha señalado, en su particular perspectiva, que se trata de un movimiento que no es ideológico y que es más bien “el movimiento de una generación” (Sorman, 2011).

En el mundo árabe el contraste ha sido mayor: se trata de una región donde los jóvenes son clara mayoría (se estima que 70% de la población árabe es menor de 30 años⁶ y en Yemen la edad media es de 17,8 años) y en la que se ha producido el choque con gobiernos que además de autoritarios, han tenido el sello de la gerontocracia, a excepción paradójicamente de Siria, donde Bachar El Asad, con sus 45 años, se desmarca de esta categoría.

- e. *Incertidumbre.* Si bien la incertidumbre ha sido señalada como una de las características esenciales en un proceso de cambio de régimen político (O'Donnell-Schmitter, 1988),⁷ la ausencia de liderazgos nítidos y de proyectos políticos que representen claramente a la mayoría han elevado exponencialmente este factor, que además en el contexto del mundo árabe no solo se remite a la incertidumbre propia de la competencia democrática, sino que en este caso involucra al proyecto global de estas sociedades.

No es evidente que sean motivaciones pro-democracia las que inspiran a la mayoría de los actores movilizados en Egipto, Siria y Yemen, o al bando que derrotó a Gaddafi en Libia. Sin duda hay actores que persiguen este fin y puede que estos actores hayan sido claves en catalizar el descontento, pero ciertamente detrás de ellos se han ordenado otros actores que tienen intereses de distinta naturaleza, en algunos casos incluso más conservadores e integristas que los que profesaban los autócratas derrocados.

¿Cómo y por qué se contagia tan rápido?

La interconexión de la comunidad internacional, como consecuencia de la globalización,⁸ se hace cada vez más evidente y las características y la dinámica

⁶ En Morales Lezcano, Víctor (2011), p. 21.

⁷ Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter afirmaban que en un proceso de transición es relevante el alto grado de incertidumbre e indeterminación que rodea a todos quienes participan en ella.

⁸ Aunque hay autores que hablan más bien de un proceso de “desglobalización”, aludiendo a la “balcanización” como un posible resultado del proceso de cambios en el norte de África y Oriente Próximo.

de este movimiento global no hace más que alinearse con este fenómeno. Hay un importante efecto de demostración que van a tener en todo el planeta las revueltas en el mundo árabe y los rápidos resultados que se lograrán particularmente en Túnez, donde el régimen de Zine el Abidine Ben Ali, después de 23 años en el poder, se desmorona en solo 28 días; y, en Egipto, donde, independientemente del resultado final que aún es impredecible, Hosni Mubarak, con 33 años en el poder, abandona El Cairo menos de un mes después de su par tunecino.

El mensaje que transmiten estos dos casos es elocuente y extremadamente seductor: es posible derrocar mediante movimientos ciudadanos hasta a las más férreas autocracias.

El “efecto demostración” se ha propagado en el mundo árabe con una simultaneidad inusitada, gracias a los medios de comunicación, fundamentalmente la televisión (en particular vía la cadena qatari Al Jazeera), y también mediante la emergente plataforma de las redes sociales en internet, la que ha sido, como ya se ha señalado, utilizada preferentemente por jóvenes ilustrados pertenecientes a la clase media.

El contagio geográfico, para el caso del mundo árabe, podría fundamentarse en la comunidad cultural que representa y en la similitud de las condiciones políticas en cada país, donde predominan regímenes autocráticos de viejo cuño.

Esta tesis del efecto de contagio, que desde nuestro punto de vista aporta a la interpretación de este proceso, corresponde a una visión absolutamente contraria a la idea sostenida por Guy Sorman, respecto a que no se estaría en presencia de un movimiento de carácter global, sino que más bien la simultaneidad sería prácticamente una casualidad histórica y por lo tanto se estaría en presencia de movimientos que no tienen ninguna conexión entre sí. Sorman sostenía en una entrevista reciente, ante la pregunta sobre si la Primavera Árabe había inspirado los movimientos sociales occidentales:

Son cosas totalmente diferentes. Sólo ha habido coincidencia. Por el rol de los medios, si pasa algo en alguna parte del mundo hay una gran cobertura. Entonces se tiene la impresión de que hay algún tipo de convergencia o simultaneidad, pero es solo coincidencia. Pero la revuelta árabe no tiene nada que ver con los indignados (Sorman, 2011).

¿Qué es lo que ha cambiado?

Al margen de las características intrínsecas de este movimiento que ya se ha mencionado (pluralidad de motivaciones, ausencia de liderazgos y proyectos globales, redes sociales, carácter generacional y aumento exponencial de la incertidumbre), hay una serie de cambios significativos subyacentes que representa este movimiento en relación a otros procesos históricos, y que tienen que ver, en primer lugar, con su globalización; en segundo lugar, con la alta velocidad y casi simultaneidad en su propagación; y, en tercer lugar, con la mayor transparencia de

la política y de la economía que se observa en el mundo gracias a la igualmente veloz circulación de la información.

Si bien los cambios de régimen político están hasta ahora focalizados en el norte de África y en el Oriente Próximo, la oleada de descontento y movilización popular ha avanzado por todo el mundo, sin importar si los gobiernos son de izquierda o derechas, liberales o conservadores, ni qué inspiración religiosa puedan tener.

Ya hemos señalado que la alta velocidad con que se propagan las revueltas ciudadanas ha sido otra característica importante, pero no solo ha sido el veloz contagio, sino que en general el desenlace de estos movimientos ha sido relativamente rápido, como ocurrió en Túnez, en parte en Egipto y en Libia.

Tanto ha sido así que se ha producido una alta volatilidad de la agenda política internacional y en cada país. El foco de atención internacional ha pasado en pocos meses desde Túnez a Egipto, desde Egipto a Yemen, desde Libia a Siria y al estrecho de Ormuz, desde Oriente Próximo a los movimientos de Indignados en España, Occupy en Wall Street y a las protestas medioambientales y estudiantiles en Chile.

En muchos de estos casos se trata de movimientos signados por cierta levedad, sin propuestas ni ideología, o por su carácter efímero, que se convocan con extrema rapidez, pero que también se extinguen con mucha facilidad, sin que se haya alcanzado logro alguno.

La velocidad en la convocatoria y manifestación de estos movimientos puede explicarse no solo como consecuencia de las redes sociales, sino asimismo por un efecto derivado de estas redes y de la globalización en curso, que es la mayor transparencia de la actividad política y económica en las sociedades contemporáneas, que dejan en evidencia con mayor facilidad las transgresiones al interés común, como ha ocurrido, por ejemplo, con la corrupción de los gobiernos en los países árabes, con la dinámica de las empresas transnacionales en Europa y Estados Unidos, o con proyectos de un previsible impacto medioambiental negativo que han motivado la reacción de parte importante de la sociedad chilena.

¿Quiénes ganan?

Ganan en primer lugar los más organizados, es decir, en el caso de los países árabes ganan los movimientos islamistas. En las elecciones de octubre de 2011 en Túnez, primeras elecciones democráticas de la Primavera Árabe, el partido islamista Ennahda triunfó con 41% de los votos, mientras que un mes después en las elecciones parlamentarias efectuadas en Egipto, la suma de los votos obtenidos por los islamistas Hermanos Musulmanes y por los salafistas les permitió alcanzar 76% de los escaños.

Esta máxima, la de la organización, parece ser clave igualmente para la proyección del curso que puedan tener los movimientos sociales en desarrollo en muchos lugares del planeta. Ejemplo de esto es el peso de la institucionalidad en los países desarrollados, donde apenas se ha alterado la agenda de los actores políticos institucionales y el apoyo que tienen en la ciudadanía, a pesar de la presencia de los emblemáticos movimientos de Indignados en España, Francia, Grecia o Estados Unidos.

¿Quiénes pierden?

En el mundo árabe sin duda los primeros que han perdido o están en vías de hacerlo son los gobiernos autocráticos acuñados durante el siglo XX, que han enarbolado, en diferentes versiones, banderas tan diversas como el militarismo, nacionalismo, la religión musulmana, el socialismo y el panarabismo. Hay un cierto tipo de orden político y social que está en vías de extinción.

Por otra parte, los movimientos cuyos vínculos fundamentales se han construido por las redes sociales, aunque probablemente sea pronto para evaluarlos, hasta ahora no han demostrado tener ideologías o proyectos capaces de dar respuesta de manera más integral a las problemáticas sociales y a los intereses de los distintos colectivos de la sociedad, generando en algunos casos vacíos de poder o disputas de poder de inciertos resultados, como ha ocurrido por ejemplo en Egipto, Libia o Siria. Esto significa que al menos en el terreno del orden social, la estabilidad económica y el consecuente bienestar, terminen perdiendo los ciudadanos de a pie. Todo indica que sus expectativas, que han estado en muchos casos en la base de sus protestas, lejos de ser satisfechas se incrementarán. Esto es particularmente cierto en países como Libia, habida cuenta del resultado que han tenido en otros países la intervención militar internacional. ¿Cuál es por ejemplo el legado de la invasión de la OTAN a Irak? En nueve años de ocupación y al momento de retiro de las tropas de Estados Unidos, han muerto cerca de 115.000 civiles y aproximadamente 5.000 miembros de la coalición.⁹

James Hider, en el periódico *The Times*, ha señalado que luego de la llegada del ejército norteamericano a Irak:

Toda la infraestructura de la tiranía de 30 años se derrumbó. Vino el caos, que aumentó cuando los invasores disolvieron la única institución sobreviviente, el ejército iraquí... Hubo saqueos y secuestros, y luego una guerra civil sectaria y una campaña de terrorismo de Al Qaeda (Hider, 2011).

El mismo Hider sostiene que con el retiro de las tropas de Estados Unidos:

Se puso en marcha una suerte de mecanismo en reversa. Esta vez, el saqueo es reemplazado por la corrupción, principalmente de funcionarios de gobierno. La cruenta lucha sectaria ha retrocedido hasta el secuestro comercial, común a pesar de la fuerte presencia militar en la calle; que en cualquier otro país significaría un estado de emergencia (Hider, 2011).

Aunque parezca contradictorio, pierden también, en el mediano y largo plazo, los intereses geopolíticos y económicos de las potencias occidentales en el norte de África y Oriente Próximo, quienes paradójicamente han promovido, con mayor o menor entusiasmo, los procesos de cambio en esta región, bajo el

⁹ Iraq Body Count, Icasualties-Reuters, en diario *El Mercurio*, 10 de diciembre de 2011, p. A 6.

supuesto de que podrían exportar a estos países la gobernabilidad democrática y de esta forma garantizar una mayor estabilidad.

Así ha quedado ya demostrado con los casos de Afganistán, Irak y ahora Libia, países donde se ha roto lo que Huntington llamaba el “orden político”,¹⁰ que correspondía a un orden cuestionable desde una perspectiva democrática y de las libertades cívicas, pero que había permitido una cierta estabilidad y consecuente desarrollo, en particular en Irak y sobre todo en Libia (el Índice de Desarrollo Humano en este país en 2010 era el más alto entre los países de mayor tamaño en la región), sin que hasta ahora esté claro el éxito de la posible instauración de regímenes democráticos en estos países (más bien todo lo contrario).

Este escenario se complejiza aún más para las potencias occidentales con el nuevo equilibrio de poder que se construye en la región: la caída de Ben Alí y Mubarak ha permitido el avance de los movimientos islamistas; el fin del régimen de Gaddafi ha supuesto más bien la apertura de un nuevo conflicto, con amenaza de secesión territorial incluida; el conflicto en Siria, de difícil pronóstico, amenaza a otro de los gobernantes de la región que aseguraba una cierta contención a los movimientos islamistas, siendo además una especie de zona de transición del mundo árabe con sus vecinos de Turquía e Irán.

Finalmente, se puede afirmar, en general, que gracias a los movimientos sociales de última generación en el mundo, con las características ya señaladas previamente, se ha logrado la instalación de una especie de estado de vigilancia permanente de la sociedad frente a posibles abusos que tengan su origen en la política y, principalmente, en el interés empresarial cortoplacista e insensible frente a la problemática social y especialmente medioambiental, que ya está instalada como una dimensión de relevante preocupación ciudadana.

Síntesis y prospectiva

En la síntesis del presente artículo, donde se desarrolla un análisis sobre el movimiento político y social que se despliega por el mundo a partir de la revueltas árabes de fines de 2010, no es posible eludir el hecho de que este movimiento global se nutre de distintas fuentes y que si bien hay una convergencia de características y de intereses en parte de sus actores protagonistas, también hay divergencias que se relacionan con el contexto histórico de cada sociedad. No obstante, se ha sostenido la tesis de que efectivamente se trata de un movimiento global y no, como han expresado algunos analistas, de movimientos paralelos cuyo vínculo está dado solo por la simultaneidad.

La Primavera Árabe corresponde a un proceso de cambios que se desarrolla en un marco histórico regional y podría corresponder perfectamente a un nuevo

¹⁰ Según Fukuyama, Huntington sostiene que “el orden político era beneficioso en sí y no surgía automáticamente del proceso de modernización, sino al contrario: sin orden político no era posible el desarrollo económico ni social” (en el prefacio a la segunda edición del libro *El orden político de las sociedades en cambio*, de Huntington).

esfuerzo de búsqueda de un proyecto político para esta comunidad. Decimos un nuevo esfuerzo sobre la base de la constatación de que en el mundo árabe del siglo XX ha habido importantes intentos alternativos de búsqueda de un proyecto político común.

Una interesante síntesis respecto a esta búsqueda y a la complejidad de la problemática del mundo árabe aporta el historiador Víctor Morales Lezcano en un agudo artículo publicado en la *Revista de Occidente*. En su estudio este autor sostiene que un primer movimiento se habría dado en forma de un flujo árabe-islámico entre 1914 y 1919 en el marco del desmoronamiento del Imperio turco-otomano. Estas “revueltas de los príncipes y principales de los escenarios de Egipto, Mesopotamia y del entonces reconocido como Creciente Fértil (Siria, Líbano, Irak, Jordania) fueron asfixiadas en el nido por conveniencias promiscuas de los aliados” (Morales Lezcano, 2011). El autor se refiere a los “aliados” anglo-franco-americanos. El segundo movimiento árabe tuvo lugar en medio del flujo migratorio de población judía que permitió la fundación de Israel en 1948, y que fomentó el desarrollo del nacionalismo árabe. Este panarabismo floreció luego de la Segunda Guerra Mundial y durante la década de los 60, dando pie a “una mezcla de antisemitismo militante y de rechazo frontal del colonialismo de cuño franco-británico y, más tarde, estadounidense” (Morales Lezcano, 2011).

A estas dos motivaciones (antisemitismo y anticolonialismo) se suma, primero, la problemática derivada de la explotación del petróleo presente en la región desde la tercera década del siglo XX, y, en segundo lugar, la expansión de la vertiente política del islam, que alcanza su apogeo con la revolución islámica en Irán en 1979. Al respecto, Morales Lezcano (2011) señala que el “islamismo fue in crescendo a partir del pasado fin de siglo, sustituyendo así al nacionalismo panárabe clásico, con excepción de la versión árabe de estatismo socialista (movimiento Baath) predominante en Siria e Irak bajo las dictaduras del clan Assad y de Saddam Hussein, respectivamente”.

Sobre la base del análisis de este explosivo contexto histórico, es evidente que el desafío analítico está radicado en la identificación e interpretación de las tendencias estructurales del proceso, que como se ha visto, hunde sus raíces en factores presentes en la región desde hace al menos un siglo.

Dicho lo anterior, es posible sostener entonces que la actual incertidumbre que predomina en el mundo árabe, sobre el curso futuro de los acontecimientos, es el resultado precisamente de la ausencia de fórmulas de resolución del conflicto político, social y económico que afecta a estos países, que logren articular eficazmente los intereses muchas veces contradictorios de los actores presentes en la región.

En esta línea, la fórmula política de resolución de conflictos más reciente, la instalación y persistencia de regímenes políticos autocráticos (sean estos monarquías o repúblicas de pantalla), promovida en cierta medida desde Occidente, se está desmoronando. Según Fukuyama el fracaso de esta fórmula estaría relacionado con el hecho de que “los autócratas árabes eran diferentes [nota del autor: diferentes a los líderes de Singapur, Corea del Sur o de China], y estaban satisfechos dirigiendo sociedades económicamente estancadas. El resultado no era una estrategia

de desarrollo coherente sino una generación desperdiciada” (Fukuyama, 2011). La sentencia de ese autor está referida a la tesis de Huntington sobre la necesidad de “transiciones autoritarias” en países en que se requería orden político para avanzar hacia el desarrollo, casi como un paso previo al desarrollo político institucional de la democracia.

Planteado en otros términos podría señalarse que en buena parte del mundo árabe, Occidente promovió estas “transiciones autoritarias”, pero que las mismas fueron inconducentes no solo en el plano del desarrollo económico, sino que también en el político, lo que ha generado en la región una enorme inestabilidad luego del derrumbe de parte de estas autocracias y de la incubación del descontento en el resto.

En ese sentido el escenario del post-autoritarismo tiene niveles de incertidumbre muy superiores a los que tuvieron los países que efectivamente transitaron hacia la democracia en el marco de la “tercera ola” de democratizaciones. Prácticamente en todos los casos, como ocurre por ejemplo con el candente conflicto en Siria, están ausentes muchos de los factores que podrían considerarse como promotores de la democracia: no se trata de la restauración de un régimen político democrático, sino más bien de la aspiración de una parte de las elites opositoras de instaurar un régimen que no enlaza con la historia larga de esta sociedad ni con su cultura cívica, ni con la práctica de sus gobiernos, ni con la visión religiosa predominante y que, además, trata de un proceso que tiene lugar en un contexto regional inestable y tradicionalmente no democrático.

Buscando una relación con lo que está ocurriendo en Chile podría sostenerse, sin forzar la teoría, que en este país se operacionalizó la idea de la “transición autoritaria” (en términos más eufemísticos, en Chile se ha hablado de instauración de una democracia tutelada o restringida), pero que luego ocurrió algo que había sido previsto por Huntington, es decir, que el orden político podía conducir al desarrollo económico y que este permitiría la expansión de la clase media y el consecuente crecimiento de sus expectativas, las que no podrían ser canalizadas con una institucionalidad democrática que restringía la participación.

En este sentido, el gran pecado de la elite dirigente, fundamentalmente de la elite concertacionista, habría sido el dejarse seducir por las eventuales posiciones de poder, en el Parlamento y en el gobierno, y no hacer esfuerzos serios para modificar el sistema binominal (base importante, aunque no exclusiva, del modelo de la democracia protegida diseñado por Jaime Guzmán) o para “salir hacia adelante”, abriendo la llave de la distribución territorial del poder mediante una profundización del proceso de descentralización del Estado y de la política en general, proceso que, pese al discurso actual de los actores políticos, no constituyó durante las primeras dos décadas de la nueva democracia una prioridad en la agenda política de ningún sector, desde la UDI hasta el Partido Comunista.

Referencias

- ALAOU, H. B. (2011). The split in arab culture. *Journal of Democracy*, n° 1, 5-12.
- ARON, R. (1985). *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- FUKUYAMA, F. (2011). El orden político en Egipto. *Letras Libres* [n° 150], pp. 8-13.
- HIDER, J. (10 de diciembre de 2011). El legado que deja Estados Unidos en Irak: corrupción, temor al secuestro y chatarra. *El Mercurio (The Times)*, p. A 6.
- HOBBSBAWN, E. (2006). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- HUNTINGTON, S. (2006). *El orden político de las sociedades en cambio*. Barcelona: Paidós.
- _____. (1991). *La tercera ola*. Buenos Aires: Paidós.
- JALIFE-RAHME, A. (2011). *Las revoluciones árabes en curso. El detonador alimentario global*. México, DF.: Orfila.
- MARTÍNEZ, G. (2011). Sobre la “exportación” de gobernanza democrática al Magreb: dilemas conceptuales, interpretativos y prácticos. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas* vol. 10, n° 2, 29-42.
- MORALES LEZCANO, V. (2011). Un siglo de revueltas árabes: similitudes y diferencias. *Revista de Occidente*, n° 362-363.
- MORIN, E. (14 de marzo de 2012). Los Indignados denuncian, no pueden enunciar. *El País*, Edición América, p. 32.
- NAÍM, M. (26 de noviembre de 2011). Anatomía de los Indignados. *La Tercera*, pp. R 26-28.
- _____. (26 de noviembre de 2011). Anatomía de los Indignados. *La Tercera*, pp. R 26-28.
- O'DONNELL, G y SCHMITTER, P. (1988). *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Buenos Aires: Paidós.
- RAMÍREZ, M. (2011). Crisis en el mundo árabe. **Análisis desde el “paradigma de la transición”**. *Revista Enfoques*, Vol IX, n° 14 , 89-116.
- SORMAN, G. (31 de diciembre de 2011). El año del populismo. *La Tercera*, p. R 50.
- _____. (23 de octubre de 2011). El movimiento de los Indignados se parece a lo que ocurrió en mayo del 68. *La Tercera*, p. 49.